



Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 2.5 España

Usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra
- hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:



Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor Joseph Conrad y del Traductor: Juan Menchero González.

juan_menchero@hotmail.com



No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



Compartir bajo la misma licencia. Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor (Joseph Conrad †) o del traductor Juan Menchero González.

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.

Esto es un resumen legible por humanos del texto legal (la licencia completa) disponible en castellano:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/es/legalcode.es>

y en inglés <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/legalcode>

A la vanguardia del progreso, de Joseph Conrad

[AN OUTPOST OF PROGRESS, traducción de JUAN MENCHERO]

Había dos hombres blancos a cargo de la estación comercial. Kayerts, el jefe, era bajito y gordo. Carlier, el ayudante, era alto, con una cabeza grande y un tronco ancho encaramado sobre un par de piernas escasas. El tercer hombre en la nómina era un negro de Sierra Leona que sostenía que su nombre era Henry Price aunque, por alguna razón, los nativos río abajo le habían dado el nombre de Makola, que le perseguía en todas sus idas y venidas por el país. Hablaba inglés y francés con acento cantarín, tenía una letra admirable, entendía de contabilidad y, en lo más hondo de su corazón, albergaba con fervor su devoción por los Espíritus del Mal. Su mujer era una negra de Luanda, grandona y estridente. Sus tres hijos rondaban bajo el sol frente a la puerta de su chamizo. A Makola, impenetrable y taciturno, se le indigestaban los hombres blancos. Estaba a cargo de un pequeño almacén de arcilla techado con hierba seca y procuraba llevar bien la cuenta de los abalorios, piezas de algodón, trapos rojos, hilo de cobre y otros bienes para el comercio.

Aparte del almacén y de la choza de Makola, había otro edificio en el terreno desbrozado de la estación. Estaba construido con juncos trabados y tenía una galería porticada en sus cuatro costados. Dentro había tres habitaciones. La habitación del medio era el cuarto de estar, en el que había dos mesas improvisadas y unos cuantas sillas. Las otras dos eran los dormitorios de los hombres blancos. Cada una tenía, como único equipamiento, un catre y una red para los mosquitos. En el entablado del suelo se hallaban esparcidas las pertenencias de los hombres blancos, cajas abiertas medio vacías, jirones de indumentaria, botas viejas; todas esas cosas sucias o rotas que, como por arte de magia, se acumulan alrededor de los hombres sin orden. También había otra casucha a cierta distancia de estos edificios. En su interior, bajo una cruz alta y descuadrada, descansaba el hombre que había visto el comienzo de todo, el que había

proyectado y supervisado los cimientos de esta vanguardia del progreso. Había sido en su país un pintor sin éxito que, harto de perseguir la fama con el estómago vacío, se lanzó al ancho mundo valiéndose de grandes influencias. Fue el primer jefe de la estación. Makola presenció al arrojado artista morir de fiebre en su casa recién terminada con su habitual indiferencia de ‘ya se lo decía yo’. Después se fue durante un tiempo a vivir solo con su familia, sus libros de cuentas y el Espíritu del Mal que rige la tierra bajo el ecuador. Se llevaba muy bien con su dios. Tal vez se lo hubiera propiciado bajo promesa de traerle más hombres blancos con los que jugar, una y otra vez. Sea como fuera, el director de la *Great Trading Company*, mientras se acercaba a bordo de un vapor que parecía una lata enorme de sardinas con una visera de techo plano puesta encima, encontró la estación en orden y concierto, y a Makola diligente y silencioso como de costumbre. El director mandó poner la cruz sobre la tumba del primer agente y le asignó a Kayerts el cargo. Carlier fue sancionado como segundo de abordo.

El director era un hombre despiadado y eficiente que de vez en cuando, aunque de un modo casi imperceptible, se deleitaba en un fino humor negro. Largó un discurso ante Kayerts y Carlier destacando ante ellos el aspecto prometedor de la estación. El puesto más cercano quedaba a unas trescientas millas. Una oportunidad excepcional para distinguirse y hacerse con los porcentajes del negocio. El nombramiento era un privilegio para unos recién llegados. Kayerts se conmovió casi hasta la lágrima por la amabilidad de su director. Haría todo, dijo, lo mejor que pudiera, con tal de hacer justicia a la confianza que tan generosamente, etc. Kayerts había pertenecido a la Administración de Telégrafos y sabía cómo expresarse correctamente. Carlier, un ex-oficial de caballería inactivo en un ejército amparado de cualquier daño por varias potencias europeas, estaba menos impresionado. Si había algunas comisiones de por medio, tanto mejor, y echando un vistazo ceñudo sobre el río, los árboles y los matorrales impenetrables que parecían aislar la estación del resto del mundo, murmuró entre dientes: ‘Enseguida lo veremos.’

Al día siguiente, después de haber arrojado en la orilla unos fardos de algodón y unas cuantas cajas de provisiones, la lata de sardinas a vapor se marchó para no regresar en otros seis meses. En la cubierta, el director hizo un gesto con la gorra a los dos agentes que meneaban sus sombreros desde la ribera y, puesto en ruta a las oficinas centrales, se volvió hacia un viejo asistente de la compañía y dijo, ‘Mira a esos dos imbéciles. Yo no

sé en qué piensan cuando me mandan a estos especímenes. Les he dicho a estos tipos que planten una huerta, que construyan almacenes nuevos y vallas, y que construyan un apeadero. ¿Qué se apuesta a que no harán nada? No sabrán ni por dónde empezar. Siempre he pensado que la estación de este río es inútil, y estos dos encajan perfectamente en ella.’

‘Aquí se harán a sí mismos’, dijo acostumbrado el veterano con una sonrisa despejada.

‘Al menos me he librado de ellos durante seis meses’, respondió el director.

Desde la orilla, los dos hombres vieron tomar la curva al vapor, luego remontaron la loma del braceté y volvieron a la estación. Llevaban muy poco tiempo en esta tierra vasta y oscura, y hasta ese momento siempre habían estado en medio de otros hombres blancos, vigilados y conducidos por sus superiores. Ahora, inermes ante el sutil influjo del alrededor, se sentían muy solos, súbitamente desamparados frente a la selva; una espesura ajena que se mostraba aún más incomprensible por los destellos de la exuberante vida que albergaba. Eran dos seres perfectamente insignificantes e incapaces cuya existencia sólo parecía factible por y para la alta empresa de la muchedumbre civilizada. Pocos hombres se percatan de que sus vidas, la esencia misma de su carácter, sus capacidades y audacias, son únicamente la expresión de su fe en la seguridad del entorno. El coraje, la compostura, la confianza, las emociones y los principios, cada pensamiento, grandioso o insignificante, no pertenece al individuo, sino a la masa, a la multitud que cree ciegamente en la fuerza irresistible de sus instituciones y de su moral, en el poder de sus policías y de su opinión. Pero el contacto con la barbarie pura y convulsa, con la naturaleza primigenia y el hombre primitivo, acarrea contrariedades profundas y súbitas en el corazón. A la sensación de ser el único miembro de una especie, a la noción clara de la soledad de los pensamientos de uno, de sus impresiones, a la negación de lo habitual, que es seguro, se añadía la afirmación de lo extraño, lo peligroso; una insinuación de cosas imprecisas, incontrolables y repulsivas cuya intrusión caótica excita la imaginación y pone a prueba los nervios civilizados de listos y necios a la par.

Kayerts y Carlier caminaban del brazo como hacen los niños a oscuras, muy cerca el uno del otro, y compartían la sensación, no del todo desagradable, de ese miedo del que

uno sospecha que es mentira. Charlaban todo el rato en tono familiar. ‘Nuestra estación está muy bien situada’- decía uno. El otro asentía con entusiasmo, aumentando elocuentemente las bellezas del emplazamiento. Luego pasaban cerca de la tumba – ‘¡Pobre diablo!’- decía Kayerts.- ‘Murió de fiebre, ¿no?’- mascullaba Carlier, parándose. ‘¡No entiendo por qué preguntas!’, replicaba Kayerts irritado. ‘He sido informado de que este tipo se expuso al sol compulsivamente. El clima aquí, lo dice todo el mundo, no es en absoluto peor que el de casa, siempre y cuando te protejas del sol. ¿Me escuchas lo que te digo, Carlier? Yo soy el jefe aquí, y mis órdenes son que no debes ponerte al sol.’ Se tomaba su superioridad a broma, pero lo que decía iba en serio. La idea de tener –tal vez- que enterrar a Carlier y permanecer solo le producía un escalofrío por dentro. Sintió de repente que en el centro de África, este Carlier era para él más valioso que un hermano en cualquier otra parte. Carlier, siguiéndole la corriente, le hizo el saludo militar y respondió en tono diligente -‘Sus palabras son órdenes, jefe.’- y después explotó de risa, le dio una palmadita en la espalda a Kayerts y entonó, ‘¡Vamos a dejar que la vida transcurra a su gusto por aquí! No hay más que sentarse y recoger todo el marfil que traigan estos salvajes. ¡Esta tierra tiene sus cosas buenas, después de todo!’ Y los dos se pusieron a reír escandalosamente mientras Carlier pensaba. ¡Este pobre Kayerts, tan gordo y enclenque. Sería una lástima si tuviera que enterrarlo aquí. Es un hombre al que respeto’... ‘Querido compadre’, acabaron diciéndose el uno al otro antes de llegar a la galería de la casa.

El primer día estuvieron muy hacendosos, cacharreando con martillos y clavos, y con percal para colgar cortinas y hacer su casa habitable y bonita. Resolvieron aposentarse cómodamente en su nueva vida. Una tarea imposible para ellos. Enfrentarse eficazmente con problemas, aunque sean puramente materiales, requiere mayor serenidad mental y mayor coraje y altivez de lo que la gente imagina habitualmente, y no había otros dos que hubieran podido estar más desentrenados para semejante lucha. La sociedad, no por inclinación, sino por sus extrañas necesidades, se había ocupado de estos dos hombres prohibiéndoles cualquier juicio independiente, cualquier iniciativa, toda escapatoria de la rutina; y se lo había prohibido bajo pena de muerte. Podían vivir sólo bajo la condición de ser máquinas. Ahora, libres del cuidadoso mimo de hombres con lápices detrás de la oreja, o de hombres con galones dorados en las mangas, eran como esos prisioneros de por vida que, libres después de muchos años, no saben qué hacer de su

libertad. No sabían emplear sus facultades y ambos eran, por la fuerza de la costumbre, incapaces de pensar por sí mismos.

Al cabo de dos meses, Kayerts decía a menudo, ‘Si no fuera por mi Melie, no me ibas a pillar aquí.’ Melie era su hija. Había renunciado a su puesto en la Administración de Telégrafos, a pesar de que había sido perfectamente feliz durante diecisiete años, para lograr la dote de su niña. Su mujer había muerto y a la criatura la estaban criando sus tías. Echaba de menos las calles, las aceras, los cafés, sus amigos de muchos años y todo lo que solía ver un día tras otro; los pensamientos que le suscitaban las cosas sabidas, pensamientos destilados, monótonos y reconfortantes de funcionario; echaba de menos el comadreo, las pequeñas rencillas, la ponzoña suave y las gracietas de oficina gubernamental. ‘Si hubiera tenido un cuñado decente.’ –apostillaba Carlier- ‘un tipo con corazón. Yo no estaría aquí.’ Carlier abandonó el ejército después de haber logrado resultarle tan odioso a su familia por su comodidad y su impudicia que su cuñado, desesperado, realizó esfuerzos sobrehumanos para procurarle un empleo en la compañía como agente de segunda clase. Sin un penique en el bolsillo, se vio forzado a aceptar este medio de subsistencia tan pronto como le quedó claro que no había más que estrujar de sus parientes. Él, como Kayerts, añoraba su antigua vida. Añoraba la batida de los sables y de las espuelas en una buena tarde, las agudezas de barracón, las muchachas de las ciudades cuartel; aunque, sobre todo, tenía una impresión de agravio. Era, evidentemente, un hombre desaprovechado. A veces se le enturbiaba el humor. Pero los dos hombres se llevaban bien en la compañía de su estupidez y su desgana. Juntos no hacían nada, absolutamente nada, y disfrutaban de la ociosidad por la que se les pagaba. Con el tiempo llegaron a sentir algo parecido al afecto el uno por el otro.

Vivían como ciegos en una enorme estancia, conscientes únicamente de aquello que se les presentaba ante sí (y sólo de forma imperfecta) pero incapaces de ver el aspecto general de las cosas. El río, los árboles, toda la enormidad del terreno rebosante de vida eran como un gran vacío. Ni siquiera la resplandeciente luz del sol les alumbraba nada inteligible. Las cosas aparecían y desaparecían ante sus ojos de un modo inconexo y sin sentido. El río parecía venir de ningún sitio y fluir hacia ninguna parte. Fluía en la nada, y de ese vacío aparecían a veces canoas, y hombres con lanzas que ocupaban la explanada de la estación. De un negro brillante y miembros perfectos, iban desnudos,

ataviados con cáscaras níveas y alambres refulgentes. Emitían un rústico balbuceo al hablar, se movían de un modo muy augusto y echaban rápidos vistazos incontrolados con sus ojos asustadizos e inquietos. Estos guerreros formaban en cuclillas largas filas de cuatro o más de ancho frente la galería donde los jefes regateaban el marfil con Makola durante horas. Kayerts se sentaba en su sillón e inspeccionaba el procedimiento sin entender nada. Los miraba fijamente con sus redondos ojos azules y llamaba a Carlier, ‘¡Mira, aquí!’ , mira a ese tipo de ahí, y a ése otro, a la izquierda. ¿Habías visto alguna vez una cara como ésa? ¡Vaya pedazo de bestia! Carlier, fumando tabaco nativo en una pequeña pipa de madera, fanfarroneaba dándose cuerda a los bigotes y, mientras vigilaba a los guerreros con indulgente orgullo, decía:

‘Espléndidos animales. ¿Han traído algún hueso? Ya iba siendo hora. Mira los músculos de aquel tipo, el tercero por el final. No me gustaría que me diera un golpe en las narices. Tiene buenos brazos, pero esas piernas no valen para nada por debajo de la rodilla. De estos hombres no se podría hacer una caballería.’ Y después de darle una ojeada complaciente a sus perniles, concluía siempre: ‘¡Bah! ¡A que apestan! ¡Tú, Makola! Llévate a esa horda al fetiche (el almacén se llamaba fetiche en todas las estaciones, quizás debido al espíritu de civilización que albergaba dentro) ‘y dales que se lleven algo de los trastos que guardas ahí. Prefiero verlo lleno de huesos a que esté lleno de trapos.’ Kayerts asentía. ‘¡Sí, sí! Váyase y termine con su charla allí, Mr. Makola. Yo iré cuando usted esté listo, a pesar el marfil. Debemos tener cuidado.’ Y después, girándose hacia su compañero, ‘Esta es la tribu que vive río abajo; son bastante aromáticos. Recuerdo que ya han estado una vez aquí, antes. ¿Escuchas qué griterío? ¡Pobre del que tiene que soportar este miasma de país! Tengo la cabeza partida en dos.’

Semejantes visitas de provecho no eran frecuentes. Durante días los dos pioneros del comercio y del progreso miraban la explanada desierta bajo el vibrante fulgor vertical del sol. Por debajo de la orilla, el silencioso río continuaba su flujo radiante y sereno. Sobre las arenas que había en mitad de la corriente, los hipopótamos y los cocodrilos tomaban el sol unos junto a otros. Y apartándose en todas direcciones alrededor del insignificante espacio desbrozado de la estación, bosques inmensos que ocultaban las aciagas complicaciones de su existencia apócrifa, yacían en el silencio elocuente de la grandeza callada. Los dos hombres no comprendían nada y no se preocupaban por nada salvo por el paso de los días que los separaban del regreso del vapor. Su predecesor

había dejado algunos libros desvencijados. Recompusieron estos vestigios de novelas y, como si nunca hubieran leído nada igual, quedaron sorprendidos y embelesados. Así, durante largos días hubo discusiones tontas e interminables sobre las tramas y los personajes. En el centro de África se hicieron conocedores de Richelieu y de D'Artagnan, de Ojo de Halcón y del Padre Goriot, y de mucha otra gente. Todos estos personajes imaginarios se convirtieron en sujetos de chismorreos como si se tratara de amigos vivos. Rebajaban sus virtudes, sospechaban de sus intenciones, deslucían sus éxitos, se escandalizaban con su duplicidad o recelaban de su valentía. La sola cuenta de los crímenes les llenaba de indignación, mientras que los pasajes más tiernos o patéticos les emocionaban profundamente. Carlier se aclaraba la garganta y decía con voz soldadesca, '¡Menudo absurdo!' Kayerts, con sus redondos ojos colmados de lágrimas y sus mofletes rechonchos, se brillantaba la calva y declaraba: 'Este libro es espléndido. No tenía ni idea que hubiera tipos así de listos en el mundo.' Encontraron también algunos números viejos de un periódico de la metrópoli. Los ejemplares versaban acerca de aquello que, en lenguaje de altos vuelos, el periódico se complacía en llamar 'Nuestra Expansión Colonial'. Hablaba mucho de los derechos y deberes de la civilización, de lo sagrado de la obra civilizadora, y ensalzaba los méritos de aquellos que se marchaban a llevar la luz, la fe y el comercio a los rincones oscuros de la tierra. Carlier y Kayerts leyeron, se interrogaron y comenzaron a tener mejor consideración de sí mismos. Carlier dijo una noche, bandeando la mano alrededor, 'Dentro de cien años, tal vez habrá aquí una ciudad. Muelles, almacenes, y barracones, y, y, salas de billar. La civilización, *my boy*, y la virtud, y todo. Y entonces, los parroquianos leerán que dos buenos tipos, Kayerts y Carlier, fueron los primeros hombres civilizados que habitaron en este mismo sitio.' Kayerts asentía: Sí, es un consuelo pensar en eso.' Parecían haber olvidado a su predecesor muerto, pero un día Carlier salió y replantó la cruz firmemente. 'Solía darme bizquera cada vez que pasaba por ahí,' le explicó a Kayerts en el café del desayuno. 'Me hacía bizquear, de tan torcida. Así que la he puesto recta. Y firme, te lo aseguro. Me he colgado yo mismo con las dos manos sobre el crucero y ni un movimiento. Sí señor, lo he hecho a conciencia.'

A veces Gobila iba a visitarles. Gobila era el jefe de los poblados vecinos. Era un aborigen de cabeza cenicienta, delgado y negro, con un taparrabos blanco y una piel de pantera deslustrada a sus espaldas. Llegaba dando zancadas sobre sus piernas esqueléticas, sacudiendo un bastón tan alto como él mismo y, al entrar en la sala de

estar de la estación se ponía en cuclillas sobre los talones, a la izquierda de la puerta. Allí se sentaba mirando a Kayerts y pronunciando de cuando en cuando un discurso que el otro no entendía. Kayerts, sin interrumpir sus ocupaciones, le largaba en ocasiones de un modo amigable: ‘¿Qué tal va eso, figura?’, y se sonreían el uno al otro. Los dos blancos sentían afición por esta anciana e impenetrable criatura. Le llamaban Padre Gobila. Gobila tenía una condición muy paternal, y de veras parecía querer a todos los hombres blancos. Todos le parecían muy jóvenes, idénticos (excepto por la estatura), y sabía que eran todos hermanos, e inmortales, también. La muerte del artista, que fue el primer hombre blanco al que conoció íntimamente, no perturbó esta creencia, porque él estaba firmemente convencido de que el extraño blanco había fingido su muerte y se había hecho enterrar con algún propósito misterioso que sólo él sabría y en el que era inútil indagar. ¿No sería, tal vez, la manera de volver a su propio país? En cualquier caso, estos eran sus hermanos, y por eso les transfirió su absurdo cariño. De algún modo, ellos le correspondían. Carlier le daba palmadas en el lomo y encendía cerillas sin parar para su divertimento. Kayerts estaba siempre dispuesto a dejar que olfateara la botella de amoníaco. En resumen, que se comportaban tal y como la otra criatura blanca que se había escondido en un hoyo bajo la tierra. Gobila los consideraba atentamente. A lo mejor uno de ellos, o ambos, formaban un solo ser con el otro. No podía concluir nada, ni despejar el misterio, así que fue siempre muy complaciente con ellos. Como resultado de esta amistad, las mujeres de la aldea de Gobila caminaban de una en una por medio de los carrizales llevando cada mañana a la estación aves de corral, boniatos, vino de palma, y a veces un cabrito. La compañía nunca aprovisionaba completamente las estaciones y los agentes necesitaban de estos suplementos locales para sobrevivir. Ellos los obtenían gracias a la buena voluntad de Gobila, y vivían bien. De allá para cuando uno de los dos tenía un ataque de fiebre y el otro le atendía con una devoción mansa. No pensaban mucho en ello. Las fiebres los dejaban más débiles, y su figura iba empeorando. Carlier estaba demacrado y susceptible. Kayerts exhibía una cara ojerosa y fofa sobre la rotundidad de su estómago, lo que le concedía un semblante extraño. Aunque estando los dos juntos constantemente, no advirtieron el cambio que acontecía poco a poco en su aspecto, y en su temperamento.

Pasaron así cinco meses.

Entonces, una mañana, mientras Kayerts y Carlier mataban el tiempo repantigados en sus sillones bajo la galería, hablando de la próxima visita del vapor, un hatajo de hombres armados salieron de la espesura y avanzaron hacia la estación. Venían de otra parte del país. Altos, delgados, vestidos del cuello al talón con deshilachadas ropas azules, llevaban consigo mosquetones de percusión que apoyaban a su derecha, sobre los hombros desnudos. Makola hizo señas de entusiasmo y salió corriendo del almacén (donde pasaba la mayor parte de su tiempo) para presentarse a estos visitantes. Al llegar a la explanada miraron de reojo a todas partes. El cabecilla, un negro corpulento de aspecto corajinoso y ojos ensangrentados, se situó enfrente de la galería y soltó un largo discurso. Gesticulaba mucho, y se paró de repente.

Algo había en su entonación, en los sonidos de las largas frases que empleaba, que fascinó a los dos blancos. Era como una evocación de algo no del todo habitual y, a la vez, semejante al discurso de un hombre civilizado. Su sonido se parecía a una de esas lenguas imposibles que oímos a veces en nuestros sueños.

‘¿Qué algarabía es ésta? –dijo un pasmado Carlier. ‘Al principio creía que el tipo se iba poner a hablar en francés. Sea lo que sea, es un parloteo distinto de los que antes habíamos escuchado.’

‘Sí’, replica Kayerts. ‘Eh, Makola, ¿qué es lo que ha dicho? ¿De dónde vienen? ¿Quiénes son?’

Pero Makola, que parecía estar en ascuas, respondió apresurado, ‘No lo sé. Vienen de muy lejos. A lo mejor la señora Price lo sabe. A lo mejor son hombre malos.’

Después de esperar un rato, el cabecilla le dirigió bruscamente la palabra a Makola y éste meneó la cabeza. A continuación, tras mirar a su alrededor, el hombre advirtió la choza de Makola y se encaminó hacia ella. Al instante se escuchó a la señora Makola hablando por los codos. Los otros forasteros –seis en total- se pasearon con aire tranquilo, asomaron las cabezas a través del portillo del almacén, se reunieron junto a la tumba, señalaron la cruz con sentida comprensión y siguieron comportándose como en casa propia.

‘No me gustan estos muchachos. Digo yo, Kayerts, que deben de ser de la costa; traen armas de fuego,’ observó Carlier, el sagaz.

A Kayerts tampoco le gustaban estos tipos. Ambos se dieron cuenta por vez primera de que vivían en condiciones en las que lo inusual podía ser peligroso, y que no había poder alguno sobre la tierra, más allá de sí mismos, que pudiera interceder entre ellos y lo desconocido. Llegaron a inquietarse, fueron dentro y cargaron sus revólveres. Kayerts dijo, ‘Debemos decirle a Makola que les diga que se marchen antes de que oscurezca.’

Los forasteros se marcharon por la tarde, después de comer lo que les había preparado la señora Makola. La inmensa mujer estaba animada y hablaba mucho con los visitantes. Chachareaba todo el rato con voz estridente, señalando aquí y allá la fronda y el río. Makola se sentó aparte a observar. A veces se levantaba y le farfullaba algo a su esposa. Acompañó a los extraños a cruzar el barranco detrás de los terrenos de la estación y regresó lentamente, con gesto pensativo. Cuando fue inquirido por los hombres blancos se enrojeció mucho y parecía no entender, haber olvidado el francés o simplemente no saber hablar. Kayerts y Carlier convinieron en que el negro había bebido demasiado vino de palma.

Algo se hablaba acerca de guardar turnos de vigilancia, pero al anochecer estaba todo tan tranquilo y sereno que se retiraron como de costumbre. Durante la noche les inquietó la suma de tambores en las aldeas. Un clamor cercano, profundo y rápido, era continuado por otro más lejano y, entonces, cesaba todo. De pronto, llamadas cortas descargaban aquí y allá, después se escuchaban todas entremezcladas, se acrecentaban, se hacían más pujantes y sostenidas, se propagaban a lo largo de la selva, a lo largo de la noche, perpetuas e inquebrantables como si toda la región se hubiera convertido en un inmenso parche en el que resonara una súplica incansable a los cielos. Y atravesando el insondable y descomunal ruido, súbitos alaridos que parecían pedazos de cánticos como los de un manicomio, eran flechados y lanzados a las alturas en ráfagas discordantes de sonidos agudos que parecían impulsarse muy lejos, por encima de la tierra, arrebatando la quietud bajo las estrellas.

Carlier y Kayerts durmieron mal. A los dos les pareció haber escuchado disparos durante la noche, pero no pudieron acordar en qué dirección iban. Por la mañana

Makola se había ido a alguna parte. Volvió a mediodía con uno de los forasteros del día anterior y evitó cada intento de conversación de Kayerts. Al parecer, se había vuelto sordo. Kayerts se preguntaba el motivo. Carlier, que estaba pescando más allá de la ribera, volvió y comentó mientras exhibía su trofeo, ‘Los negros deben de tener un cabreo de mil demonios; me preguntó qué estará pasando. He visto alrededor de quince canoas cruzar el río en las dos horas que he estado pescando.’ Kayerts, preocupado, dijo, ‘¿No está hoy un poco raro, Makola?’ Carlier propuso: ‘Mantén a todos nuestros hombres juntos en caso de que haya problemas.’

II

Había otros diez hombres que fueron traídos por el director a la estación. Aquella gente, que se había enrolado en la compañía durante seis meses (sin tener ni idea de qué era en particular un mes y con una idea muy vaga del tiempo en general), llevaban más de dos años sirviendo a la causa del progreso. Pertenecían a una tribu de una parte muy lejana de esta tierra de oscuridad y lamento, no huían, asumiendo instintivamente que como extranjeros errantes serían asesinados por los habitantes del país; y estaban en lo cierto. Vivían en chamizos sobre la pendiente de un barranco repleto de carrizo, justo detrás de las dependencias de la estación. No eran felices, añoraban los encantamientos festivos, la hechicería, los sacrificios humanos de su lugar de origen, donde también tenían padres, hermanos, hermanas, jefes admirados, respetables sacerdotes, amigos queridos y otros lazos que comúnmente se suponen humanos. Aparte, las raciones de arroz que distribuía la compañía no se avenían muy bien con ellos, porque ésta era una comida desconocida en su territorio y a la que no se podían acostumbrar. En consecuencia, estaban tristes y enfermos. Si hubieran sido de cualquier otra tribu habrían decidido morir –pues nada es más fácil para ciertos nativos que el suicidio- y de ese modo habrían escapado de las incomprensibles dificultades de su existencia. Pero como pertenecían a una tribu guerrera de dientes afilados, no podían resignarse y proseguían viviendo absurdamente en la enfermedad y el llanto. Trabajaban muy poco, y llegaron a perder su espléndido físico. Carlier y Kayerts cuidaban de ellos asiduamente sin ser capaces de hacer que recobraran su antigua fuerza. Todas las mañanas se les emplazaba para ser enviados a realizar diferentes tareas –cortar la hierba,

construir vallas, talar árboles, etc.- que ningún poder en la tierra podía lograr que ejecutaran bien. Los dos blancos tenían muy poco control sobre ellos.

Por la tarde Makola se llegó hasta la casa grande y encontró a Kayerts contemplando tres columnas de humo espeso que se elevaban por encima de los árboles. ‘¿Qué es eso?’ preguntó Kayerts. ‘Algunas aldeas están ardiendo’, respondió Makola, que parecía haber recuperado sus destrezas. Y entonces dijo abruptamente: ‘Tenemos muy poco marfil; seis meses de comercio malos. ¿Le gusta conseguir un poco más marfil?’

‘Sí,’ respondió Kayerts resuelto. Pensó en los bajos porcentajes.

‘Los hombres que vinieron ayer son comerciantes de Luanda que tienen más marfil del que pueden transportar de vuelta. ¿Puedo comprar? Conozco su campamento.’ ‘Desde luego’, dijo Kayerts. ‘¿Quiénes son esos comerciantes?’ ‘Gente mala,’ dijo Makola, indiferente. ‘Luchan con gente, y toman mujeres y niños. Son hombres malos y tienen pistolas. Hay una gran revuelta en el país. ¿Quiere usted marfil?’ ‘Sí,’ dijo Kayerts. Makola no dijo nada durante un rato. Más tarde: ‘Esos trabajadores nuestros no son buenos para nada,’ murmuró, mirando a su alrededor. ‘Estación en muy mal servicio, señor. Director gruñirá. Mejor tener un buen montón de marfil, entonces él dice nada.’

‘No puedo hacer nada; los hombres no trabajan,’ dijo Kayerts. ‘¿Cuándo vas a conseguir ese marfil?’

‘Muy pronto,’ dijo Makola. ‘Quizás esta noche. Usted me deja y espera dentro, señor. Yo creo que es mejor que se les dé un poco de vino de palma a nuestros hombres para que bailen esta noche. Que se diviertan. Así trabajan mejor mañana. Hay mucho vino de palma, se ha puesto un poco agrio.’

Kayerts dijo ‘sí’, y Makola llevó grandes calabazas con sus propias manos hasta la puerta de su casucha. Allí permanecieron hasta la tarde, y Mrs. Makola las inspeccionó todas. A los hombres se las dieron con el crepúsculo. Cuando Kayerts y Carrier se retiraron, una gran lumbre llameaba frente a los chamizos de los trabajadores. Se escuchaban sus gritos y sus tambores. Algunos hombres del poblado de Gobila se unieron a los peones de la estación y la fiesta fue un gran éxito. De pronto, en mitad de

la noche, Carlier se despertó al fuerte aullido de un hombre. Sonó un disparo. Sólo uno. Carlier salió corriendo y se encontró a Kayerts en la galería.

Los dos estaban desconcertados. A medida que iban cruzando la explanada para llamar a Makola, veían sombras agitándose en la noche. Una de ellas chilló: '¡No disparen! Soy yo, Price.' 'Hay hombres de fuera por todas partes,' dijo Carlier. 'No pasa nada; lo sé', dijo Makola. Y entonces murmuró. 'Todo bien. Traer marfil. Decir nada. Yo sé de lo que hablo.' Los dos blancos se fueron a regañadientes dentro de la casa, pero no durmieron. Escuchaban las pisadas, los rumores, algunos quejidos. Era como si hubiera aparecido un grupo de hombres arrojando bultos pesados sobre el suelo, hubieran reñido durante un rato largo y después se hubieran marchado. Recostados sobre sus camas duras pensaban: 'Este Makola no tiene precio.' Por la mañana salió Carlier, adormilado, y tiró de la soga de la campana grande. Los peones de la estación se agrupaban cada mañana al oír las campanadas. Esa mañana no acudió nadie. Apareció también Kayerts, desperezándose. Al otro lado de la explanada vieron a Makola salir de su cabaña con una palangana de agua jabonosa en mano. Makola era un negro civilizado, muy pulcro en su persona. Tiró hábilmente la espuma de jabón sobre un chucho de color pajizo que tenía y, girando la cabeza hacia la vivienda de los agentes, gritó en la distancia, '¡Todos los hombres marcharon anoche!'

Los dos entendieron perfectamente, pero en su estupor vociferaron a un tiempo: '¡¿Qué?!' Y se miraron el uno al otro. '¡Ahora sí que estamos arreglados!' balbució Kayerts. 'Voy a ir a ver a las cabañas' dijo Carlier, ya en marcha. Makola, que estaba subiendo, se encontró a Kayerts de pie, solo.

'Casi no me lo puedo creer', dijo Kayerts entre lágrimas. 'Hemos cuidado de ellos como si fueran nuestros hijos.'

'Se marcharon con la gente de la costa', dijo Makola después de vacilar un instante.

'¡Y a mí que me importa con quién se han ido, salvajes desagradecidos!', exclamó el otro.

Luego, con súbita desconfianza, mirando insistentemente a Makola, añadió: ‘¿Qué es lo que sabes tú?’ Makola se encogió de hombros, mirando al suelo. ‘¿Qué sé yo? Yo sólo pienso. ¿Viene a mirar el marfil que tengo allí? Es un buen montón. Usted nunca ha visto tanto.’ Se encaminó al almacén. Kayerts le siguió maquinalmente, pensando acerca de la asombrosa deserción de los hombres. En el suelo, ante la puerta del fetiche, estaban tumbados seis espléndidos marfiles.

‘¿Por cuánto los has comprado?’

‘No mercancía habitual’, dijo Makola. ‘¡Trajeron el marfil y me lo dieron! Les dije que se llevaran lo que más quisieran de la estación. Es un montón bueno. No hay estación que pueda dar marfiles como éstos.’ Estos mercantes necesitaban porteadores urgentemente y nuestros hombres no servían para nada aquí. Si no hay tratos, no hay entradas en los libros: todo correcto.’

Kayerts estuvo a punto de explotar de indignación. ‘¡Cómo!’ gritó, ‘¡Tengo la impresión de que has vendido a nuestros hombres a cambio de estos marfiles!’ Makola permaneció impassible y sereno. ‘Yo, yo, te voy a, yo,’ balbució Kayerts. ‘¡Diantre!’, chilló.

‘He hecho lo mejor para usted y para la compañía’, dijo Makola, imperturbable. ‘¿Por qué grita tanto? Mire este marfil.’

‘¡Esta usted despedido! Voy a informar sobre usted. No voy a mirar el marfil. Te prohíbo que lo toques. Te ordeno que lo tires al río. ¡Tú! ¡Tú!’

‘Usted muy rojo, Sr. Kayerts. ¡Si usted se irrita tanto bajo el sol, le dará fiebre y se morirá, como el primer jefe!’ dijo Makola elocuentemente.

Permanecieron quietos, mirándose el uno al otro con intensidad, como si estuvieran contemplándose con esfuerzo desde una distancia inmensa. Kayerts se estremeció. Makola no quería decir más que lo que había dicho, pero sus palabras le parecieron a Kayerts colmadas de una amenaza siniestra. Se dio la vuelta bruscamente y se marchó hacia la casa. Makola se retiró al cobijo de su familia, y los marfiles, abandonados delante del almacén, parecían muy largos y valiosos bajo los rayos de sol. Carlier regresó a la galería.

‘Se han marchado todos, ¿eh?’ preguntó Kayerts con voz apagada desde el extremo opuesto del cuarto. ‘¿No has encontrado a nadie?’

‘Oh, sí,’ dijo Carlier, ‘He encontrado a uno de los de Gobila muerto delante de las chozas, con el cuerpo agujereado. Fue el disparo que escuchamos anoche.’

Kayerts salió rápidamente. Encontró a su compañero atravesando la explanada con la mirada abatida sobre los marfiles, frente al almacén. Los dos se sentaron en silencio durante un rato. Entonces Kayerts le refirió su conversación con Makola. Carlier no dijo nada. Comieron muy poco en el almuerzo. Apenas intercambiaron palabra ese día. Era como si de la estación pendiera un gran silencio que les mantenía los labios sellados. Makola no abrió el almacén, pasó el día retozando con sus hijos. Él se tumbaba todo lo largo que era sobre una esterilla fuera de la casa y los muchachos se le sentaban sobre el pecho y le remontaban por todas partes. Era un cuadro conmovedor. La señora Makola estaba todo el día ocupada con la cocina, como de costumbre. Los hombres blancos hicieron una comida algo mejor por la noche. Después Carlier se dio un paseo hasta el almacén fumando de su pipa y permaneció un rato largo delante del marfil, tocó uno o dos colmillos con el pie e incluso trató de levantar el más grande por su extremo más pequeño. Volvió a donde estaba su jefe, que no se había movido de la galería, se derrumbó en el asiento y dijo.

‘¡Ahora lo entiendo!’

Se les echaron encima mientras dormían, después de beberse todo el vino de palma que consentiste que Makola les diera. ¡Una traición! ¿Te das cuenta? Lo peor que algunos de los de Gobila estaban allí, y se los llevaron también, sin duda. El menos ebrio debió de despertarse y se llevó un tiro por estar sobrio. Este es un país extraño. ¿Y ahora qué vas a hacer?’

‘No podemos tocarlo, eso por sentado,’ dijo Kayerts.

‘Claro que no,’ asintió Carlier.

‘La trata de humanos es una cosa horrible,’ balbuceó Kayerts con voz quebrada.

‘Es aterrador, lo que sufren,’ resopló convencidamente Carlier.

Creían en sus propias palabras. Todas las personas muestran una deferencia respetuosa hacia ciertos sonidos que tanto ellas como sus semejantes son capaces de proferir. Pero la gente apenas sabe nada de sentimientos. Hablamos con indignación o con entusiasmo; hablamos de la opresión, de la crueldad, del crimen, de la devoción o el sacrificio propio, de la virtud, y lo cierto es que no sabemos qué hay bajo estas palabras. Nadie sabe qué significan el sufrimiento o el sacrificio, a excepción, quizás, de las propias víctimas de estos espejismos de oscuras intenciones.

A la mañana siguiente vieron a Makola muy ocupado montando en el patio las enormes balanzas que se empleaban para pesar el marfil. Carlier decía continuamente: ‘¿Qué estará tramando ahora este bribón indecente?’ Salió fuera, a la explanada y Kayerts le siguió. Permanecieron de pie, mirando a Makola sin que se diera cuenta. Cuando el peso de la balanza se puso en equilibrio, intentó elevar otro marfil hasta la báscula. Pesaba demasiado. Miraba impotente sin decir una palabra y durante un minuto estuvieron todos callados alrededor de aquella balanza, como tres estatuas. De pronto Carlier dijo: ‘¡Échale mano al otro extremo, Makola, animal! Y entre todos colocaron el marfil encima. A Kayerts le temblaba todo el cuerpo. Gritó, ‘¡Dios Santo!, dijo, ¡So!’ y metiendo la mano en el bolsillo encontró un trozo sucio de papel y un muñón de lápiz. Se puso de espaldas, como si estuviera tramando alguna cosa, y anotó furtivamente los pesos que Carlier le gritaba con un volumen innecesario. Cuando todo hubo terminado, Makola dijo para sí: ‘Aquí hace demasiado sol para estos marfiles.’ Carlier le dijo a Kayerts en un tono indiferente: ‘Digo, jefe, que de paso podríamos darle un vuelo a éste y almacenarlo con este montón.’ Mientras iban de vuelta hacia la casa Kayerts comentó con un suspiro: ‘Alguien tenía que hacerlo’ Y Carlier dijo: ‘Es deplorable, pero como eran hombres de la compañía, el marfil es marfil de la compañía. Debemos cuidar de él.’ ‘Se lo explicaré al director, por supuesto,’ dijo Kayerts. ‘Claro; deja que él mismo decida,’ aprobó Carlier.

A mediodía hicieron una comida succulenta. Kayerts suspiraba de vez en cuando. Cada vez que mencionaban el nombre de Makola le añadían siempre un epíteto de oprobio. Les aligeraba la conciencia. Makola se dio la mitad del día de descanso y fue a bañar a sus hijos al río. No hubo nadie de las aldeas de Gobila que se acercara a la estación ese día. Tampoco hubo nadie al día siguiente, ni al siguiente, ni durante una semana entera. A juzgar por las señales de vida, los de Gobila podrían haber estado muertos y bajo

tierra. Pero sólo estaban guardando el luto de aquellos que habían perdido por las malas artes de los hombres blancos, que habían traído gente maldita a su territorio. Los malditos se habían marchado, pero el miedo permanecía. El miedo siempre permanece. Un hombre puede destruir todo lo que hay en su interior, el amor y el odio, las creencias, e incluso la duda; pero mientras siga aferrado a la vida no podrá destruir el miedo: el miedo sutil, indestructible y espantoso que atraviesa su ser, estremece sus pensamientos, merodea en el corazón y contempla en sus labios la lucha del último resuello. En su miedo, el apacible viejo Gobila ofrecía sacrificios humanos de añadidura a todos los Espíritus del Mal que habían tomado posesión de sus amigos blancos. El corazón le angustiaba. Algunos guerreros hablaron de quemar y matar, pero el anciano y cauto salvaje los disuadió. ¿Quién podía adivinar el tormento que esas misteriosas criaturas podían traer si se las irritaba? Debían dejarlas en paz. Quizás, con el tiempo, desaparecerían dentro de la tierra como hizo el primero. Su gente debía guardarse de ellos, y esperar que fuera para bien.

Kayerts y Carlier no desaparecieron, sino que permanecieron por encima de esta tierra que se les antojaba más extensa y más vacía. Lo que les impresionaba no era tanto la soledad absoluta y silente del enclave como el sentimiento inexpresable de que algo se había desvanecido de su interior, algo que les procuraba confianza, y que había impedido que la jungla se adueñara de sus entrañas. Las imágenes del hogar, el recuerdo de hombres como ellos, de gente que pensaba y sentía como ellos solían pensar y sentir, retrocedía en una distancia que el fulgor del sol despejado hacía imposible de distinguir. Y fuera de esa enorme quietud, parecía que la ferocidad de la selva y su desesperanza se les aproximaba para atraerlos mansamente con la mirada y envolverlos con un celo irresistible, familiar y repugnante.

Los días se alargaban en semanas, y luego en meses. Las gentes de Gobila tamboreaban y chillaban con cada luna nueva, como antes, pero se mantenían alejados de la estación. Makola y Carlier intentaron una vez establecer comunicación con canoas, pero fueron recibidos con un chubasco de flechas y tuvieron que volver volando a la estación para ponerse a salvo. Ese intento desató en el territorio más abajo y más arriba del río un rugido que pudo escucharse bien durante días. El vapor se estaba retrasando. Al principio hablaban de la demora con desenfado, luego, con ansiedad y, finalmente, con desilusión. El asunto se había puesto serio. Las provisiones se estaban acabando. Carlier

lanzaba los sedales desde la orilla, pero el caudal estaba bajo y los peces buscaban refugio en la corriente. No se atrevían a caminar muy lejos de la estación para cazar, ni había nada que cazar en la selva impenetrable. Una vez Carlier derribó a un hipopótamo en el río. No tenían una barca para asegurárselo, así que se hundió. Cuando salió a flote se marchó de allí y la gente de Gobila se hizo con los restos. Se presentó la ocasión de una fiesta una fiesta nacional, pero a Carlier le dio un ataque de rabia y se puso a hablar de la necesidad de exterminar a todos los negros antes de que el territorio pudiera ser habitable. Kayerts vagaba absorto y silencioso, se pasaba horas contemplando el retrato de su Melie. Era una chica jovencita con mechones oxigenados y una cara más bien agria. Kayerts tenía las piernas muy hinchadas y casi no podía andar. Carlier, disminuido por la fiebre, no podía caminar más, sólo tambalearse por los alrededores, todavía con aire de no dársele un ardite, como correspondía en un hombre que se acordara de su regimiento. Estaba ronco, se había vuelto sarcástico y propenso a decir cosas desagradables. Él lo llamaba ‘te voy a ser franco.’ Hacía ya mucho que habían estimado sus porcentajes en el comercio, incluyendo el último trato de ‘este infame de Makola.’ También habían concluido no decir palabra. Al principio Kayerts dudaba, le asustaba el director.

‘Él ha visto cosas peores a las calladas’, sostenía Carlier sobre una áspera carcajada. ‘¡Confía en él! ¡Si descubres el pastel no nos lo va a agradecer! Él no es mejor que tú o que yo. ¿Quién se lo va contar si nos sujetamos la lengua? Aquí no hay nadie.’

¡Esa era la raíz del problema! Que no había nadie, y abandonados allí, solos con sus debilidades, se convertían cada día más en un par de cómplices que en una pareja de devotos amigos. Durante ocho meses no habían sabido nada de sus hogares. Cada noche decían, ¡Mañana veremos el vapor!’ Pero uno de los vapores de la compañía había naufragado y el Director estaba ocupado con el otro, asistiendo a estaciones muy lejanas e importantes en el río principal. Pensaba que ésta era la estación inútil, y que los hombres inútiles podían esperar. Mientras tanto, Kayerts y Carlier vivían del arroz hervido sin sal y maldecían a la compañía, a toda África y el día en que nacieron. Tiene uno que haberse alimentado de esta dieta para saber en qué trance tan asqueroso puede convertirse tragar el alimento. No había, literalmente, nada más que arroz y café en la estación; bebían café sin azúcar. Los quince últimos terrones los había guardado Kayerts solemnemente en su caja, junto a media botella de coñac, ‘en caso de

enfermedad’, explicó. Carlier lo aprobaba. ‘Cuando uno está enfermo’, decía, ‘cualquier poquito de más hace ilusión.’

Esperaron. La hierbajos empezaron a brotar por toda la explanada. La campana ya no sonaba. Los días pasaban, silenciosos, exasperantes, y lentos. Cuando los dos hombres hablaban se gruñían, y sus silencios eran amargos, como teñidos por la inquina de sus pensamientos.

Un día, después de un almuerzo de arroz hervido, Carlier bajó su taza intacta y dijo: ‘¡Que se fría todo! Vamos a tomarnos una taza decente de café por una vez. ¡Sácate el azúcar, Kayerts!’

‘Para los enfermos’, bromeó Carlier. ‘¡Venga, hombre!... ¡Bueno! Yo estoy malo.’
‘Tú no estás más enfermo que yo, y me las apaño,’ dijo Kayerts con un tono pacífico.
‘¡Venga! ¡Afuera ese azúcar, viejo roñoso mercante de esclavos!’

Kayerts levantó la vista rápidamente. Carlier le sonreía con notable insolencia. Y de pronto, a Kayerts le pareció que él no había visto hasta entonces a ese hombre. ¿Quién era? No sabía nada de él. ¿De qué era capaz? Sintió un fagonazo insólito en su interior, como si estuviera enfrente de algo inimaginable, peligroso y decisivo. Pero logró pronunciar con compostura.

‘Como broma es de muy mal gusto. No la repitas.’
‘¡Broma!’ dijo Carlier, inclinándose en su asiento. ‘Tengo hambre, estoy enfermo. ¡No estoy bromeando! Odio a los hipócritas. Tú eres un hipócrita. Tú eres un tratante de esclavos. Yo soy un tratante de esclavos. No hay nada más que tratantes de esclavos en este maldito país. Quiero azúcar en mi café hoy, y me lo vas a dar.’

‘Te prohíbo que me hables de ese modo,’ dijo Kayerts aparentando resolución.
‘¡Tú, ¿qué?!’, gritó Carlier, levantándose.

Kayerts se incorporó también. ‘Soy tu jefe,’ comenzó a decir tratando de dominar los vaivenes de su voz.

‘¿Qué dices?’ chilló el otro. ‘¿El jefe de quién? Aquí no hay jefe. No hay nada aquí: no hay nada que no seamos tú y yo. ¡He dicho que me traigas el azúcar, pedazo de culo gordo!’

‘Sujétese la lengua. Fuera de esta habitación,’ gritó Kayerts. ‘¡Estás despedido! ¡Tú, tú! ¡Demontre!’

Carlier blandió un taburete en el aire. Y de una pareció que se lo estaba tomando peligrosamente en serio. ‘¡Fofó, funcionario inservible! ¡Aquí tienes esto!’ , bramó.

Kayerts se tiró bajo la mesa y el taburete se estrelló en la hierba por dentro de la habitación. Entonces, mientras Carlier intentaba alzar la mesa, Kayerts desesperado, hizo una escapatoria a ciegas, con la cabeza baja, como lo haría un cerdo acorralado y, sorteando a su amigo, se lanzó por la galería y se metió a su cuarto. Apestilló la puerta, echó mano de su revólver y siguió jadeando. En menos de un minuto Carlier estaba pateando la puerta furibundo, aullando, ‘Si no me sacas ese azúcar, te voy a pegar un tiro en cuanto te vea, como a un perro. Así que, uno, dos, tres. ¿Conque no? Pues te voy a enseñar quién manda aquí.’

Kayerts creyó que la puerta se iba desplomar y salió como pudo a través del postigo que hacía de ventana en su habitación. Les separaba la anchura de la casa. Pero el otro parecía no ser tan fuerte como para derribar la puerta y Kayerts le escuchó dar la vuelta corriendo. Entonces él también comenzó a correr con esfuerzo sobre sus piernas hinchadas. Corría tan rápido como le era posible, aferrándose al revólver, e incapaz ya de comprender qué era lo que le estaba ocurriendo. Vio sucesivamente la vivienda de Makola, el almacén, el río, el barranco y los matojos; y vio todas estas cosas de nuevo mientras corría por segunda vez alrededor de la casa. Y de nuevo relumbraban a su paso. Esa mañana no hubiera podido caminar un metro sin dar un quejido. Y ahora estaba corriendo. Corría suficientemente rápido como para mantenerse fuera del alcance del otro.

Entonces, desesperado y débil, pensó, ‘Antes de que termine de dar la siguiente vuelta, moriré,’ escuchó al otro hombre dar un tropiezo y después detenerse. Él también se paró. Estaba en la parte de atrás y Carlier en la parte de delante de la casa, como al principio. Le escuchó dejarse caer en la butaca maldiciendo y, de pronto, se le desplomaron las piernas y cayó deslizando la espalda contra la pared. Tenía la boca seca

como la ceniza y la cara mojada de sudor, y de lágrimas. ¿Qué era todo esto? Pensó que debía ser una pesadilla horrible; pensó que estaba soñando; ¡Se estaba volviendo loco! Después de un rato recobró los sentidos. ¿Por qué habían discutido? ¡Por el azúcar! ¡Qué absurdo! Se lo hubiera dado, él no lo quería. Y comenzó a rebuscarse los pies con una súbita sensación de confianza. Pero antes de que se hubiera incorporado del todo, un golpe de sentido común le vino a la cabeza y lo llenó de angustia otra vez. Pensó: ‘Si cedo ahora a este mostrenco de soldado, esta pesadilla se repetirá otra vez mañana, y pasado, y al día siguiente, cada día. Se le subirán otros humos, me avasallará, me torturará, hará de mí su esclavo y estaré perdido. ¡Perdido! El vapor puede tardar días, pueda que no venga nunca.’ Le dio tal escalofrío que tuvo que sentarse de nuevo en el suelo. Se encogió desconsolado. Sentía que no podía moverse más. Estaba completamente ensimismado debido a la súbita percepción de que no había más de que hablar; en un instante, la muerte y la vida se habían vuelto arduas y terribles por igual. Al escuchar cómo el otro se incorporaba del asiento y Kayerts saltó sobre sus pies con una facilidad extrema. Puso el oído y se sintió turbado. ¡Tenía que correr de nuevo! ¿A izquierda o a derecha? Escuchó los pasos y se fue corriendo hacia la izquierda, agarrando el revólver. En ese mismo instante, así le pareció a él, los dos chocaron violentamente. Gritaron estupefactos. Un fuerte estallido tuvo lugar entre ellos; un rugido de púrpura incandescente, de humo denso; y Kayerts, ensordecido y deslumbrado, se replegó pensando: ‘Me ha dado, se ha acabado todo.’ Esperaba que el otro se le acercara para regodearse en su agonía. Se agarró a uno de los puntales del tejado, ‘¡Esto es el final!’ Entonces escuchó una caída espantosa al otro lado de la casa, como si alguien se hubiera desplomado precipitadamente sobre una silla- y después, silencio. No pasó nada más. No estaba muerto. Sólo su hombro parecía estar gravemente dislocado, y había perdido el revólver. Estaba desarmado e indefenso. Esperó su suerte. El otro hombre no hacía ningún ruido. Era una argucia. ¡Ahora le andaba al acecho! ¿Por qué lado? Quizá le estuviera apuntando en ese preciso instante.

Tras unos cuantos minutos de aterradora y absurda agonía, decidió ir al encuentro de su destino. Estaba dispuesto a cualquier rendición. Volvió la esquina, asegurándose con una mano en la pared; dio unos cuantos pasos y a punto estuvo de perder el sentido. Había visto en el suelo, asomando por la otra esquina, un par de pies vueltos hacia arriba. Un par de pies desnudos y blancos con pantuflas rojas. Se sintió morir, y durante un tiempo se mantuvo en una tiniebla indescifrable. Entonces apareció Makola y dijo

ante él con sosiego. ‘Tranquilícese, Mr. Kayerts. Está muerto.’ Rompió a llorar de gratitud; un llanto de agudos sollozos. Después de un rato se encontró a sí mismo sentado en una silla con los ojos puestos en Carlier, que yacía estirado sobre su espalda.

Makola estaba arrodillado sobre el cuerpo.

‘¿Es éste su revólver?’ preguntó Makola, incorporándose.

‘Sí’, dijo Kayerts; y entonces añadió rápidamente, ‘Me perseguía para dispararme, tú lo viste.’

‘Sí, lo vi,’ dijo Makola. ‘¿Sólo hay un revólver? ¿Dónde está el de él?’

‘No lo sé,’ musitó Kayerts con una voz súbitamente débil.

‘Voy a ir a buscarlo’, dijo el otro, amable.

Dio la vuelta alrededor de la galería, mientras Kayerts permanecía quieto, sentado mirando al cadáver. Makola volvió con las manos vacías, se sumió profundamente en sus pensamientos, después se metió en la habitación del muerto y salió derecho con un revólver que puso frente Kayerts. Kayerts cerró los ojos. Todo giraba a su alrededor. La vida era más penosa y aterradora que la muerte. Había disparado sobre un hombre indefenso. Después de meditar un rato, Makola dijo suavemente, apuntando al hombre muerto que estaba allí, con el ojo derecho reventado.

‘Murió de fiebre.’ Kayerts le dirigió una mirada yerma. ‘Sí,’ repitió Makola, deliberadamente, pasando por encima del cadáver. ‘Yo creo que se ha muerto de fiebre. Lo entierro mañana.’ Y se fue lentamente a donde estaba su mujer, expectante, dejando a solas a los dos hombres blancos en la galería.

Se hizo de noche y Kayerts permaneció inalterable en su silla. Estaba sentado en calma, como si hubiera tomado una dosis de opio. La violencia de las emociones por las que había pasado le produjeron un sentimiento de agotadora serenidad. En una sola tarde había sondeado las profundidades del horror y del desconsuelo, y ahora descansaba en la convicción de que, para él, la vida ya no albergaba más secretos. Ni la muerte. Estaba sentado junto al cadáver, pensando; pensando enérgicamente, pensando cosas nunca antes pensadas. Era como si hubiera perdido el hilo de sí mismo por completo. Sus ideas de antes, sus convicciones, sus gustos y antipatías, las cosas que admiraba y las que

aborrecía aparecían por fin como realmente eran. Le parecían despreciables, pueriles, falsas y ridículas. Se deleitaba en su nueva sabiduría mientras permanecía sentado junto al hombre al que había matado. Discutía consigo mismo sobre todas las cosas que había bajo el cielo con esa obcecada lucidez que puede apreciarse en algunos chiflados. Se dio cuenta, de paso, de que el tipo muerto de ahí se había comportado como una bestia abominable; de que los hombres morían a miles cada día, tal vez a cientos de miles, ¿quién podía saberlo? –y que en esa cifra, esta muerte aislada no podría significar nada, no tenía ninguna importancia, al menos para un ser capaz de razonar. Él, Kayerts, era un ser que razonaba. Había creído durante toda su vida, hasta ese momento, en un montón de sandeces como el resto de la humanidad, que eran estúpidos, pero ahora él podía pensar. ¡Él podía! Se sentía en paz, ¡Conocía la Suprema Conciencia! Luego intentó imaginarse a sí mismo muerto, y a Carlier sentado en su silla, mirándole, y su tentativa se saldó con un triunfo imprevisto, tanto que, transcurridos unos instantes, ya no estaba tan seguro de quién estaba muerto y quién vivo. Este logro extraordinario de su imaginación le impresionó, aunque un astuto esfuerzo realizado a tiempo le salvó a tiempo de convertirse en Carlier. Su corazón daba vuelcos y se sentía arder por todo sólo de pensar en el peligro ya pasado. ¡Carlier! ¡Vaya bestia! Para componerse los nervios alborotados trató de silbar un poco. Entonces se quedó dormido, o pensó que se había dormido; en cualquier caso, estaba nublado y alguien silbó en la niebla.

Se incorporó. Habían llegado, y una bruma pesada había descendido sobre el terreno: una neblina penetrante, envolvente y silenciosa; la bruma matinal de las tierras del trópico; la bruma que se adhiere y que mata, la bruma blanca y letal, venenosa e inmaculada. Se levantó, vio el cuerpo y alzó las manos por encima de su cabeza con el grito de un hombre que, al salir del trance, se hubiera encontrado preso para siempre en una tumba. ‘¡Socorro! ¡Dios mío!’

Un alarido inhumano, súbito y conmovedor, perforó como un dardo aguzado el sudario blanco de esta tierra de lamentos. Siguieron tres pitidos, cortos, impacientes, y luego, durante un tiempo, los bancos de niebla pasaron, en calma, en medio de un formidable silencio. Entonces muchos más silbidos, rápidos y agudos, como los chiflidos de una bestia impaciente y despiadada, atravesaron el aire. El Progreso estaba llamando a Kayerts desde el río. El Progreso y la Civilización y todas las bondades. La sociedad estaba emplazando a su consumado retoño para que acudiera, para ocuparse de él, para

que fuera instruido, juzgado y condenado. Le llamaba para que regresara a ese montón de basura del que había salido a correr mundo, para que se hiciera justicia.

Kayerts escuchó y lo entendió todo.

Salió a trompicones de la galería, dejando al otro hombre solo por primera vez desde que fueron arrojados allí, juntos. Se hizo camino a tientas invocando en su inopia al invisible cielo para que deshiciera su obra. Makola revoloteaba por la niebla, gritando mientras corría.

‘¡Vapor! ¡Vapor! No ven. Están silbando por la estación. Voy a tocar la campana. Vaya abajo al apeadero, señor. Yo toco.’

Desapareció. Kayerts se quedó quieto. Miró hacia arriba, la niebla se extendía poco menos que a la altura de su cabeza. Miró a su alrededor como un hombre que acabara de perderse; y vio un borrón oscuro, una mancha en forma de cruz emergiendo de la pureza inconstante de la bruma. Tan pronto como empezó a tambalearse hacia ella, la campana de la estación repicó en tumulto su respuesta a la impaciente llamada del vapor. El Director General de la *Great Civilizing Company* (ya que sabemos que del comercio se sigue la civilización) desembarcó primero, y sin detenerse perdió de vista el vapor. Junto al río, la niebla era abundante y densa, arriba, en la estación, la campana sonaba incesante y jubilosa. El Director gritó con fuerza hacia al vapor:

‘No hay nadie aquí abajo para recibimos. Puede que algo vaya mal, aunque estén tocando. ¡Es mejor que vengáis vosotros también!’

Y comenzó a ascender penosamente el desnivel de la orilla. El capitán y el timonel del barco subieron detrás. A medida que iban remontando, la niebla iba aligerando y podían ver a su director un buen trecho por delante. De pronto, le vieron apresurarse llamándoles por encima del hombro. ‘¡Corran! ¡Corran a la casa! He encontrado a uno de ellos. ¡Corran! ¡Busquen al otro!’ ¡Había encontrado a uno de ellos! E incluso un hombre como él, de variada y asombrosa experiencia, se quedó en cierto modo descompuesto por el modo de este hallazgo. Se quedó en el sitio e intentó sacar a tientas una navaja del bolsillo sin perder de vista a Kayerts, que estaba en la cruz, colgado de una cincha de cuero. Era evidente que se había subido a la tumba, que era estrecha y

elevada y, después de amarrar el cabo de la correa al travesaño, se había dejado caer. Los dedos de los pies estaban sólo unos centímetros por encima del suelo, los brazos le colgaban del cuerpo, rígidos. Era como si estuviera en rigurosa posición de firmes, pero con un carrillo amoratado puesto sobre el hombro a modo de guasa. Y, en un gesto de impertinencia, le mostraba la lengua hinchada a su Director Gerente.